

día el cuerpo del hombre justo, revestido de inmortalidad, brillará, en consorcio del alma bienaventurada, como astro refulgente en los espacios infinitos de la gloria. Así sea.

PANEGÍRICO DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

(predicado á los socios del Apostolado de la Oración, Bogotá, 1895).

El Corazón de María, el más semejante al de Jesús.

Exsultavit spiritus meus in Deo salutari meo.
Luc. 1, 47.

1. Pretender abarcar el cielo entero con una sola ojeada, sería, amados oyentes, la más loca y temeraria pretensión. ¿Cómo, pues, me había yo de atrever el día de hoy á abrazar con los alcances de un brevísimo discurso el cielo de grandezas maravillosas y sin número que encierra el purísimo y dulcísimo Corazón de María? «¿Cómo podré yo, miserable hombrecillo, decía el gran San Bernardino de Sena, declarar los sentimientos altísimos de aquel corazón virginal, no siendo bastante para esta empresa ninguna lengua humana ni aun angélica?»¹ En efecto, así como entre las obras del Criador que nos es dado contemplar con los ojos corporales, ninguna hay más hermosa y magnífica que el vasto firmamento tachonado de estrellas, infinitas en número y deslumbradoras por su belleza, así no hay nada comparable con la sublimidad y hermosura del corazón de la más pura y perfecta de todas las criaturas.

¹ Serm. 9 de Visit.

Más grande que la inmensidad de los cielos, adórnalo más virtudes y carismas que estrellas pueblan el espacio, porque María es el palacio de Dios y la puerta del cielo: *Domus Dei et porta cæli*¹; y de ella, mejor que del cielo material, puede decirse lo que atónito el profeta decía: *¿Cuán grande es la casa de Dios, y cuán excelso el lugar de su posesión!*² ó lo que cantaba David: *Elevatâ est magnificentia tua super cælos*³.

¿No es ésa verdaderamente la idea que tenemos formada de la soberana excelencia del corazón de Aquella que, por nombre verdadero y propio, es Madre del Dios Encarnado? Porque, siendo ella perfectísima entre todas las criaturas, ¿cuánto no lo será su corazón? Todo el brillo que rodea en lo exterior á la Santísima Virgen, todos cuantos honores cielo y tierra le tributan, son poca cosa cotejados con los tesoros que ella posee dentro de sí; porque de ella está escrito en el Libro de los Salmos: *Toda la gloria de la hija del Rey está en el interior*⁴. Sí, cristianos, el interior de este sagrario es todavía más magnífico que la espléndida fachada, con ser ésta tan vistosa y admirable; el Corazón de María es lo más perfecto y acabado de cuanto ella misma encierra, siendo toda ella un abismo de raras perfecciones.

2. Renunciaré, por tanto, al vano empeño de presentar á vuestros ojos un cuadro que de alguna manera, aunque tosca, pudiera expresar la perfección indescripible del Corazón de la sagrada Virgen. Me contentaré, y no será poca ventura salir medianamente con mi intento, con exhibir á la piadosa consideración de las

¹ Gen. 28, 17.

² Baruch 3, 24.

³ Ps. 8, 2.

⁴ Ps. 44, 14.

almas que cifran sus deseos en amar y adorar al Divino Corazón de Jesús, el Corazón inmaculado de María como el más semejante al de Jesús, según lo afirma la Iglesia en la oración de su festividad: *Cor immaculatum Marie divino Cordi Filii tui simillimum...*; y lograremos por ese camino aprender á reproducir en nuestros pobres corazones algún destello de las virtudes de aquel corazón modelo, al mismo tiempo que será el centro de nuestros afectos y adoraciones. En dos palabras: contemplaremos primero los reflejos del Corazón de Jesús en el de María, y luego los del Corazón de María en los nuestros. Saludémosla, etc. *Ave María*.

I.

3. Sol es María, sol de gracia y santidad, comparada con todos los santos, que son, en lenguaje de la Escritura, como estrellas del firmamento: *quasi stellæ*....¹ Pero, mirada con relación á Cristo Jesús, sol eterno de justicia, María debe apellidarse *Luna: pulchra ut luna*², como la llaman los Cantares. Como luna hermosísima destinada á alumbrar á los mortales por la noche de esta vida, llena de sombras y terrores, María es iluminada por Cristo, el cual proyecta sobre ella sus más apacibles y brillantes rayos. ¡Qué hermosa aparece á nuestros ojos la blanca luna brillando en la mitad del cielo! *La luna cómo mueve la plateada rueda*, que canta el dulcísimo Fray Luis de León. Y ¿de dónde recibe este astro, naturalmente opaco y triste, toda su claridad y hermosura sino de la lumbre que le comunica el sol? Pues, ni más ni menos acontece en este otro cielo espiritual. La santidad de la Virgen es la misma

¹ Dan. 12, 3.² Cant. 6, 9.

santidad de Jesús, reflejada en ella mejor que en ninguna otra criatura. Y no podía suceder de otra manera. ¿Concebimos acaso que pudiese existir otra criatura racional ó angélica, más semejante á Jesús que María, su madre? Tal concepto repugna evidentemente al sentido de la fe, al común sentir del pueblo cristiano, no menos que á la razón teológica, ó sea, al discurso basado en los fundamentos del dogma, y al lenguaje de los santos y doctores.

Una sencilla observación bastará para probarlo. Siendo ley establecida por el Autor de la naturaleza que el hijo del hombre lleve estampado, no sólo en la frente sino también en el corazón, el sello de su semejanza con la madre de donde trae la existencia y las inclinaciones en germen, no puede menos de llevar Jesús, el Hijo del hombre por antonomasia, impreso en su rostro y en su corazón mismo este carácter de semejanza con María, su propia y verdadera madre. Sólo que ocurre aquí un fenómeno sobrenatural que es necesario notar: en el caso de Jesús y María la ley general se verifica, pero á la inversa de los casos ordinarios, porque aquí la semejanza no procede de la madre al hijo, sino del hijo á la madre, del mayor á la menor. Así debía de ser, oyentes míos, atendida la condición de tal hijo, hombre y Dios juntamente, en unidad de persona. La madre daba en algún modo al hijo lo mismo que del hijo recibía. Aquí sucede algo semejante á lo que llamó la atención del ingenioso San Agustín á propósito de Simeón el anciano, cuando llevaba en sus brazos al niño Dios: *Senex puerum portabat, puer autem senem regebat*: el anciano llevaba al niño, pero era el niño quien dirigía la marcha del anciano. Jesús recibe de María la humanidad; pero María recibe de

Jesús la santidad. Uno mismo, por consiguiente, viene á ser el corazón del hijo y de la madre **por** comunidad de afectos, ó, mejor dicho, por el vínculo de amor ardentísimo con que María ama á Jesús. Pero este amor que arde en el Corazón de María ¿quién lo ha encendido sino el mismo Jesús?

4. Ved ahora, cristianos, de qué manera reflejan los rayos de la santidad de Jesús en el terso y purísimo cristal del Corazón de María. Todos los dones y gracias sobrenaturales que concurren á ennoblecer y perfeccionar un corazón humano, dimanar como de su fuente, según la enseñanza de la fe, del Espíritu Santo que viene á habitar en él por gracia¹. De este Divino Espíritu que es la caridad substancial², fluyen en los corazones las gracias que los purifican, santifican y hermocean, á medida que aumenta en ellos el fuego de la caridad. Tal fué el secreto de la transformación de los apóstoles y de los primeros fieles: *Impleta gaudent viscera—Afflata Sancto Spiritu...*³ No es otra la ley general de la santificación. Pero es preciso añadir que el Espíritu Santo reposa primeramente y como en sede propia, en Cristo, según aquellas voces proféticas: *El Espíritu del Señor reposó en mí...*⁴ *Descansará sobre Él el Espíritu del Señor*⁵; y, siendo los justos miembros vivos de Cristo, ¿de dónde han de recibir los dones del Espíritu Santo sino del mismo Cristo, á quien se ha dado toda la plenitud para que de ella reciba todo el cuerpo? De aquí proviene la necesidad de aquella unión del hombre con Jesucristo, más íntima que la del sar-

¹ Rom. 8, 11.

² Fons vivus, ignis, caritas... (Ecl. in hymno Vesp. Pentec.).

³ Ecl. in fest. Pentec. ⁴ Is. 61, 1. ⁵ Ibid.

miento con la vid que lo sustenta, y sin la cual el ramo muere, por más jugos que se le proporcionen; porque, roto el canal por donde se le transmite la vida, ésta no puede ya vigorizarle. Es, pues, necesario poner en contacto nuestro corazón con el corazón del Verbo Encarnado, en quien habita de asiento la plenitud de la gracia por el Espíritu Santo que procede de Él mismo con el Padre¹, á fin de que, inundado con torrentes de luz y caridad, nuestro corazón sea santificado por obra de esa misma gracia. Por lo cual decía San Pablo: *La gracia de Nuestro Señor Jesucristo y la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sea con todos vosotros*².

Siendo esto así verdad, ¿cómo pensáis que se comunicaría y traspasaría el divino incendio del Corazón de Jesús al de María, habiéndose formado, nutrido y desarrollado ese mismo corazón deífico en el seno de María, ¿qué digo, en el corazón de la Virgen Madre? María, según San Agustín; concibió á Cristo antes en el corazón que en el seno virginal³; y, según San Bernardino de Sena, hospedó á Dios en el vientre y en el corazón⁴. Reposó, pues, el Verbo en el santo y purísimo trono y tabernáculo del Corazón de María, y con el Verbo el Espíritu Santo, inundándola de tal suerte con la abundancia de sus dones que pudiese llamarse *llena de gracia*, y con tal género de plenitud que, al decir de San Buenaventura y otros Padres, de la plenitud de María se ha difundido hasta nosotros la gracia. ¿No es esto tanto como decir que María poseyó

¹ Symbol. Constantinop. ² 2 Cor. 13, 13.

³ Prius conciperet mente quam corpore (S. August.).

⁴ Deum corde et utero hospitata est (S. Bern. Sen., Serm. 9 de Visitat.).

la plenitud de gracia de su Hijo Santísimo, así como el árbol posee en sus venas el jugo y la virtud exquisita de su fruto? Y, si el Espíritu descansó en Jesús ¿no se dijo también que descendería á María y la hencharía de sus gracias?¹ ¡He ahí, pues, reflejados en el Corazón de la Virgen los divinos resplandores del Corazón de Jesús!

5. El amor de Dios que arde en este Sagrado Corazón, que lo abraza en vivas llamas, que es como su forma y su vida, porque el Corazón de Jesús es una hoguera, una fragua de caridad ardentísima, ese mismo se comunica y derrama á torrentes en el Corazón de María, formando de este corazón dulcísimo otra hoguera, otro volcán de caridad divina. Sólo que, así como el Corazón del Hijo se lanza directamente al Padre celestial, así el de la Madre se va inmediatamente al Hijo, y en él ama necesariamente al Padre. Así resultan confundidos, ó, mejor dicho, fundidos en uno solo, en el amor de Jesús, todos los amores del Corazón de María, el natural y el sobrenatural, el amor de madre y el de hija, el divino y el humano. ¡Qué incendio de amor no formará ése como haz de llamas, ese foco de todos los rayos! Ése es aquel tesoro de que habla Jesucristo, de donde el hombre bueno saca afuera riquezas sin medida². ¡Qué mejor tesoro, dice San Bernardino de Sena, que el mismo amor divino en que ardía el corazón de la mejor de las criaturas?³ Ése es el vino regalado y exquisito de que está lleno y rebosando aquel vaso de inestimable precio del Corazón de la Virgen. Siete llamas ó borbotones de fuego celestial brotaron, según el mismo Santo, de aquella hoguera

¹ Luc. I, 35.² Matth. 12, 35.³ S. Bern. Sen. l. c.

de divino ardor: que no fueron otra cosa aquellas siete palabras de admirable sentido y eficacia salidas de los labios virginales. Ellas expresan al vivo los maravillosos efectos del amor de Jesús, ó, digamos mejor, pintan las diversas formas de que este amor se reviste según las circunstancias, ya con relación á Dios, ya con referencia al hombre, puesto que el amor de Jesús, Dios y hombre, abraza á Dios por sí y al hombre por Dios. Consideremos, amados hermanos, esas llamas brotadas del Corazón de María en forma de palabras.

6. Empieza María por separar de sí todo cuanto, no siendo Dios, pudiera solicitar alguna parte de su Corazón. Hablando con un Ángel del cielo que viene para anunciarle la mayor grandeza, le interroga: *Y esto ¿cómo ha de suceder*, Ángel de Dios?¹ Cual si dijera: «Yo no quiero grandezas ni placeres: he jurado no amar á otro esposo que al amado de mi corazón: *Quoniam virum non cognosco*; y nada, ni los esplendores de una maternidad tan gloriosa como la del Mesías, podrá hacer que yo divida mi corazón entre Dios y la criatura.» Así siente, así habla la Virgen Santísima. Pero luego sabe que se trata de un hecho sobrenatural en que sólo ha de intervenir el mismo Dios con las más sublimes y castas efusiones de su Espíritu; y, abrasado su corazón en los más vivos ardores que probó hasta aquí, invitada por su Dios á las místicas delicias de un desposorio inefable, transformada completamente en otra criatura y como divinizada por aquella plenitud de gracia que la embiste, exclama desde el fondo de su ser: *¡Ecce ancilla Domini! fiat mihi secundum verbum tuum*². María siente entonces derretirse su co-

¹ Luc. I, 34.² Ibid. v. 38.

razón en incendios y deliquios para ella misma desconocidos hasta aquel instante, y queda arrobada y suspensa en éxtasis altísimo cuando el Verbo se hace carne en sus entrañas. Vuelta de su arrobamiento, si es que acierta á volver en sí la que ya no vive sino en su amado y es toda para Él¹, su corazón se dilata en expansiones del más puro y delicioso júbilo que ha probado jamás el espíritu del hombre: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*....² ¡Oh júbilo inefable del Corazón de María que tiene por motivo la posesión de Dios en el modo más perfecto que puede poseerlo una pura criatura, llevándolo en su mismo seno! ¿Qué vale en comparación de esta dicha de María la fortuna de la Esposa que se gloriaba de haber encontrado al amado de su alma y decía: *Téngole asido y no le dejaré*³? La Virgen dice más: *El que me crió descansó en mi tabernáculo*⁴. El júbilo de María es efecto del amor que se extasía contemplando la infinita grandeza del que hizo en ella cosas tan grandes, como Salvador suyo, y efectuó dentro de ella misma y con su cooperación la mayor y más pasmosa de sus obras. María se enajena de júbilo al ver cumplida por su mediación la promesa hecha por Dios á Abraham y á sus descendientes, de redimir á Israel, su siervo, y extendida después por todo el mundo la gloria del Señor hasta el fin de las generaciones.

¿Hay todavía alguna llama que salte en forma de palabra, del inflamado Corazón de María? Oídla, amados oyentes, algunos años después de los éxtasis de Nazaret y las montañas de Judea, departiendo amorosa

¹ Cant. 2, 16.

² Luc. 1, 47.

³ Cant. 3, 4.

⁴ Eccli. 24, 12.

y dulcemente con su Hijo, con su amor personificado en un hermoso niño de doce años, en el templo de Jerusalén: *Hijo ¿por qué has hecho esto con nosotros?*¹ El dolor ha herido con cruel dardo su delicado corazón: *Dolentes quærebamus te*. No es la primera vez que lo desgarró, ni será la última.... ¡Á cuántos golpes no está predestinado desde la fatal sentencia que pronunció el anciano Simeón: *La espada de tu hijo traspasará tu corazón*²! Pero ¿qué importa que el dardo del dolor lo atraviese, si tiene en el amor el bálsamo que cierra inmediatamente sus heridas? Aquella sola palabra «Hijo» basta para endulzar todo lo amargo y hacer sabrosa toda la hiel de aquel dolor; y la presencia de Jesús agobiado de dolores, pero más dulce que su mismo nombre, hará que María domine como Señora y Soberana las tempestades del Calvario.

7. Mas, siendo Jesús hombre juntamente con ser Dios, el amor de María á su Jesús ha de extenderse hasta la pobre y ya ennoblecida humanidad. Sí, porque el Corazón de María siente repercutir en sí mismo los violentos latidos del Corazón de Jesús, de ese Corazón que, como él mismo lo reveló tantas veces, ha amado tanto al hombre ingrato y descreído. El amor de Jesús al hombre, hermanos míos, es un abismo misterioso, insondable para toda inteligencia criada. Sólo á María, por haber sentido dentro de sí las palpitations amorosas del Corazón de su Hijo, le ha sido dado penetrar hasta cierto punto en la profundidad de ese abismo. Y al hacerlo, ha pasado á su Corazón el afecto de Jesús, y por eso María nos ha amado también como no podemos imaginarnos, con un amor sin límites, inagotable,

¹ Luc. 2, 48.

² Ibid. v. 35.